

gida desde la experiencia vital del poeta y potenciada expresivamente por la emoción creadora. Así, por ejemplo, en la composición «Metáfora de un destino», el sinsentido final de nuestras acciones aparece desgarradoramente proclamado al contraponer dos experiencias opuestas, que originan dos juicios sobre el vivir, uno positivo y otro negativo: «Hay que seguir, una vez más, la sombra/ por el nocturno callejón (...)/ llegar a ella con miedo, en la anulada oscuridad,/ y después esperar, en un minuto vacío que es eterno,/ el temblor del placer a la espalda del mundo/ *para afirmar la vida/* o el relámpago hostil, de plata fría,/ que trueca el cuerpo en pálido sudor/ *para afirmar así la mísera existencia*» (p. 63. Las cursivas son mías). No se me oculta el poderoso valor semántico de las imágenes simbólicas, pero la densidad de los conceptos y juicios se hace aquí más notable. La dialéctica entre ellos, originada por la experiencia vital y poética, confiere a esas formulaciones una potente virtud conmovedoramente emocional.

El ritmo peculiar de cada poema, fruto de ese individual sentimiento, contribuye a realzar la emoción de unos conceptos y juicios que, aisladamente, no presentarían poeticidad alguna. He aquí el reto de esta poesía, cargada de una dosis mayor de intelectualismo, pero sin sofocar el sentimiento propio de toda auténtica creación poética.

Sobre ese mayor protagonismo de los elementos racionales de la

expresión, debe observarse el carácter antitético de los mismos, reforzado por la contraposición de las imágenes; elementos duales que, como en el poema citado, acaban conciliándose en la nada a la que toda vida se destina. Pero tales antítesis de conceptos o de imágenes no se nos presentan como simples juegos formales o ingeniosos, sino que surgen como la consecuencia natural de su antitética visión del mundo: su amor a la vida, amenazado de continuo por la conciencia del carácter ilusorio de ese vivir, de su sinsentido y de su definitivo derrumbamiento. Por ese amor y esa conciencia negadora se explica que en sus poemas más nihilistas brote siempre la llama del deseo y la apetencia por el atractivo sensual: «(...) Ciega mis ojos/ un *desolado azul iluminado*» (p. 35. La cursiva es mía). Se trata, pues, de un contraste dramático pero serenamente asumido, como nos muestra la contención verbal y el ritmo pausado de los versos.

A este considerable intelectualismo del nuevo libro corresponde, no obstante, un gran variedad formal, que se manifiesta en la diversa extensión de los poemas (con una intención, no obstante, sintética y mesurada) y en la mayor o menor abundancia de imágenes de eficaz impacto sensual.

Por lo escuetamente apuntado hasta aquí, puede decirse que en *La última costa* Brines nos ofrece en una expresión más diáfana las claves interpretativas que en su poesía anterior permanecían más

ocultas. Y desde esta rotunda conciencia del acabamiento destructor, el presente libro, con más fuerza aún que los anteriores, manifiesta con más nítidos perfiles una dimensión religiosa desde su radical agnosticismo. El libro, en efecto, puede parecer antirreligioso, pero esa continua demanda de sentido último remite, si no a la afirmación de Dios, sí a la afirmación de su necesidad. Por ello no es gratuita la recurrente figura del mendigo.

A veces —muy pocas veces, es verdad— esta dialéctica conceptual no alcanza toda la intensidad poéti-

ca esperada (pienso en los poemas «Espejo en Elca» y «Espejo en Sevilla»). Pero, en esta frondosa selva, ¿quién puede reparar en la presencia de algunos aislados arbustos?

El poeta sale casi siempre victorioso en esta ardua y ambiciosa empresa, mucho más difícil de lograr debido a los procedimientos señalados. Los obstáculos vencidos han sido muchos. Le agradezco esta «última costa» tan definitoria, aunque espero —esperamos todos— que no sea en verdad la última.

Carlos Javier Morales

En América

La cooperación con los pueblos indígenas

Por medio del Instituto de Cooperación Iberoamericana, el gobierno español desarrolla una serie de actividades vinculadas a los pueblos indígenas de América, cuyo objetivo principal es apoyar los procesos de autodesarrollo sostenible de estos pueblos, de modo que puedan participar en las tomas de decisiones que los afecten, dentro del marco de unas sociedades democráticas que admitan la diversidad de culturas que las componen.

En este sentido, la cooperación se orienta hacia dos objetivos principales: la participación de las organizaciones indígenas en foros de diversa índole, y el sostén financiero de proyectos que programen la capacitación, formación y educación

(educación bilingüe, formación de cuadros y dirigentes, adquisición de nuevas tecnologías, especialmente en medios de comunicación).

Más concretamente, se privilegia toda actividad encaminada a los ámbitos de la salud, la biodiversidad/medio ambiente, la promoción de la mujer indígena, las demarcaciones territoriales de cada comunidad, la constitución de pequeñas empresas y la producción de objetos propios de la cultura regional.

Entre las iniciativas apoyadas por el Instituto figuran: el Fondo Indígena de las Cumbres Iberoamericanas, el Festival de Cine y Vídeo de los Pueblos Indígenas, la elección de dirigentes en Ecuador y Bolivia, la formación de maes-

tros bilingües en Perú, el Taller Regional Indígena Centroamericano, el Plan de Ecoturismo en la región colombiana del Cauca, el Taller para Periodistas Indígenas de la Agencia EFE, el Foro Internacional Indígena (Buenos Aires, 1996), etc.

El acceso a la información y financiación de proyectos se articula por medio de las delegaciones americanas de la AECI, cuyas oficinas técnicas de cooperación se adscriben

a las respectivas embajadas. La cooperación puede darse tanto de forma bilateral, entre la asociación indígena respectiva y el gobierno español, como entre aquélla y la ONG española correspondiente, con la cual se pondrá en contacto a través de las citadas oficinas de la AECI. En Madrid, la Agencia cuenta con un Servicio de Proyectos Indígenas, que coordina las actividades respectivas, cuya responsable es María Noguerol.

Agenda

Un premio Goya para Sol de otoño

Dentro del marco de la oncenava edición de los premios Goya, el filme argentino *Sol de otoño*, dirigido por Eduardo Mignogna, ha recibido el que corresponde a «la mejor película extranjera de habla hispana».

Concurrieron en este apartado: *Sayariti* (Mela Márquez, Bolivia), *Edipo alcalde* (Jorge Ali Triana, Colombia), *Pon tu pensamiento en mí* (Arturo Sotto, Cuba), *Mi último hombre* (Tatiana Gaviolas, Chile), *Sin remitente* (Carlos Carrera, México) y *Mecánicas celestes* (Fina Torres, Venezuela).

El guión de la película favorecida pertenece al director y a Santiago C. Oves, y cuenta la historia de un amor entre dos personas de edad madura, que se conocen por medio de anuncios de contacto en un periódico y se narran mutua-

mente unas historias entre ficticias y auténticas. A pesar de las inconsecuencias del libro, el diálogo es picante y gracioso, y da incontables oportunidades de lucimiento a los protagonistas, Norma Aleandro y Federico Luppi. En especial, la primera, en un difícil juego de primerísimos planos, sutiles matices expresivos y trabajo interior, logra un resultado de suprema calidad.

Lanzada a la notoriedad internacional por *La historia oficial* de Luis Puenzo, Aleandro no contaba con un excesivo *curriculum* de cine, aunque su carrera teatral registre memorables intervenciones en un nutrido repertorio, en el que cuentan *Romeo y Julieta* de Shakespeare, *El rehén* de Brendan Behan, *Hedda Gabler* de Ibsen, *El círculo de tiza* de Brecht, *Escenas*

matrimoniales de Ingmar Bergman, etc.

Narrada con técnica televisiva, de planos cortos y protagonismo del diálogo, *Sol de otoño* apuesta por el intimismo y por cierto comedi-

do sentimentalismo, prescindiendo de circunstancias locales y de definiciones históricas a las que fue adicto el cine argentino tras la recuperación del sistema democrático.

El fondo de la maleta

América mágica

Con improductiva insistencia, vuelve en los coloquios y seminarios el manido asunto de América como «real y maravillosa» o «mágicamente real». El tópico es antiguo. Ya en el siglo XVI, los frailes que acompañaban a los conquistadores quisieron ver en los indios a los seres sin historia, inocentes y felices, que luego Rousseau definiría como «buenos salvajes». Los jesuitas admiraban el orden teocrático e inmóvil del incanato, tal vez porque anunciaba sus propias experiencias de comunitarismo jerárquico, en las misiones del Paraguay. Prodigios y revolución, magia y guerrilla, connotaron la admiración de muchos por la América Latina de los años sesenta, tesoro de las ilusiones perdidas en el mundo desarrollado.

América es maravillosa, no más ni menos que el resto del mundo. Y registra atrocidades —marginación, pobreza, desnutrición, desequilibrios entre clases sociales y regiones— que comparte con otras zonas del planeta, en grados muy variables. También son muy varia-

bles los niveles del desarrollo entre países y sectores. Hacer de América Latina un conjunto homogéneo y prodigioso, un continente de hambrientos y mendigos, a la vez que la esperanza heroica de la liberación humana, es un error histórico de bulto.

Los problemas del subcontinente no pertenecen al mundo de las maravillas ni de las magias. Son problemas concretos, y tan concretos, que exigen soluciones políticas igualmente arraigadas en el tiempo de la historia contemporánea. Y algunas direcciones se han ido fijando en los años ochenta: la normalización política por medio de una aceptación generalizada del sistema democrático, la modernización de las economías, la integración en el mercado mundial, la formación de bloques regionales como el TLC en el Norte y el Mercosur, en el otro extremo.

Todo cambio supone mejoras y empeoramientos. No hay cambios unilaterales. Toda modificación implica desequilibrios. Pero esa misma capacidad de alteración, tan